

Teodoro Jiménez Pozo

ESTRUCTURAS INVISIBLES S. L.

PERIFÉRICA



ESTRUCTURAS INVISIBLES S. L.

LARGO RECORRIDO, 224

Teodoro Jiménez Pozo

**ESTRUCTURAS
INVISIBLES S. L.**

EDITORIAL PERIFÉRICA

Para la clase proletaria y, en especial, para lxs camionerxs.

*Para quienes apoyan la cultura, para quienes la crean,
para quienes la consumen.*

El camión cae. Lo dejo caer soltando el freno de manera suave y controlada. Acabo vivo, al menos, sobre dos piedras gigantes que traban las ruedas. Si me muevo, corro el riesgo de reventar una o de cargarme la luna del camión o de tener que llamar al jefe. No quiero, ojalá no tuviera que hacerlo, pero llamo, claro que llamo. Sólo un mes con el camión y ya tengo que llamarlo. Dice: ¿qué? Digo: no puedo sacar el camión. Dice: ¿dónde? Digo: muy lejos. Dice: ¿cuánto de lejos? Digo: Fasnía. Dice: cago en la madre de Dios y cago en la santísima Iglesia y en Dios y en la puta de Dios. Intento decir, pero ya no se dice más nada. Veo el hierro que está a treinta centímetros de la luna y podría atreverme, pero no soy capaz: no puedo continuar con la inercia del día ni evitar la desgracia porque basta que no esté del todo seguro para que esos treinta centímetros pasen a ser cero, y la luna, pizcos y pizcos. El camión con el freno de mano puesto y el estómago casi cerrado. Casi, porque no se me cierra del todo: tengo unos macarrones a la boloñesa que me hice hace tres días. O cinco. Al menos el camión, espichado entre dos piedras, a

punto de caer al barranco en esta gasolinera en tierra del demonio, me da sombra. Abro el táper. El encargado de la gasolinera en la que tenía que entregar los corrugados se me acerca y me dice, me dice hasta que se me hace bola escucharle y ya no sé qué cara de vete pal carajo poner para que se calle, para que me deje, para que vea que sólo soy un transportista que come unos macarrones fríos y secos y pegados, que espera a que su jefe venga a rescatarlo y a lavarle la cara y, bueno, podrías dejar de cagarla tanto, y cago en Dios, ya podrías tener en consideración la inversión que es este camión y que para esto no te contratamos, que en menudo follón de Cristo y la Virgen nos metes en un segundo. El encargado de la gasolinera, a un metro de mí, dice: me pasó algo similar con una guagua y esa curva, ay, mi madre, esa curva, esa curva es igualita a una que cogí cuando estaba en Candelaria y bajaba por la cuesta de Los Burros, y esa cuesta o la haces bien a la primera o no la haces. Digo: ajá. Dice: porque si algo está claro es que con el camión no se puede fallar, joven; no falles porque luego te ves en éstas, pero hay que pasar por éstas también te digo. Digo: ajá. Dice: todos nos equivocamos, hasta tu jefe, que viene para acá como una bala, se habrá equivocado, aquí nadie nace aprendido, mi niño. Digo: ajá; pienso: cállate, carajo. Dice: y al menos te trajiste unos macarrones con carne y tomate. Digo: ya; pienso: te mato aquí mismo. Dice: porque imagínate esperar al jefe con el estómago vacío, eso ya sería el colmo, o imagínate haber cogido mal la curva

por el otro lado y haberte tirado contra los cardones y las tabaibas. Digo: claro; pienso: es que te aplasto la cabeza con la grúa del camión. Dice: además de cómo se ponen los ecologistas, porque ya te digo yo que te vas para allá abajo con el camión y tienes una panda de piojosos verdes de éstos preguntándote qué narices fuiste a hacer tú ahí con el camión mientras estás ahí, desangrándote; si es que no somos nadie, joven, no somos nadie. Ya no soy capaz de responder nada, de pensar casi nada. Mi silencio es un hilo del que tira con sus palabras y que coloca alargado en el suelo con el ánimo de pincharlo y rajarlo. Dice: bueno, joven, me voy a ir yendo, que yo también tengo mis cosas que hacer y me encantaría seguir hablando aquí contigo, pero el deber y el trabajar, pues ya sabes, que uno se lía a hablar y hablar y qué ganas de que sean las tres parairme a casa, que hoy la parienta dice que preparaba costillas con papas y piñas, y desde que me desperté estoy salivando y salivando...

Raspo los últimos trozos de carne al fondo del táper mientras el encargado se va con sus silbidos, con sus palabras. El jefe debe de estar al caer, pienso, y guardo cualquier cosa que dé a entender que comí durante la espera porque debería estar haciendo de todo menos comer, menos disfrutar bajo la sombra del camión. El móvil suena y vete arrancando que estoy a cinco minutos y así se calienta, que si es por ti me lo dejas ahí más frío que mi corazón; venga, arráncalo, que en nada estoy por ahí. Ni tiempo de decir vale.

Siempre prisas, pienso, y enciendo el motor. Un coche blanco a lo lejos se acerca levantando una polvaca marrón larga y elevada como una cortina que va del suelo a las nubes. Frenazo. Del coche sale Nicasio, canento, con un moño perfectamente recogido en la coronilla. Una camiseta azul de poliéster que define sus pechos y resalta sus pezones: ¿y para esto me hiciste venir?, ¡cago en Dios! Para esta tontería que sacas el camión de aquí en un momento y yo una hora en la carretera para esta gilipollez. Ya, no sé, Nicasio; lo intenté, le puse los calzos a las ruedas, pero se me iba hacia delante y... Que sí, tampoco me cuentes tu vida, vente para acá para que veas cómo lo saco para que veas que esto es una tontería para que aprendas para que tomes nota, carajo, mira, carajo, mira, ves el freno de mano, marcha atrás, revolucionas, freno de mano abajo, mira cómo subo, mira, lo ves, ¿no?, claro que lo ves, así de fácil, cago en la Virgen.

No tarda ni tres minutos en sacarlo del sitio y meterse en su coche de empresa, blanco y lleno de polvo y tierra. Se va y es como si la cortina de polvaca que mandó al cielo al llegar, ahora, se rebobinara y bajara y volviera a su sitio. Enfilo el camión hacia la gasolinera y lo coloco donde me dice el encargado, detrás, entre los surtidores uno y cuatro. Nueve conos esparcidos en el radio de la grúa. La pata derecha apoyada, la pata izquierda apoyada; la grúa, que sale de su recogimiento y estira el cuello hasta lo alto. Una guagua repleta de guiris acalorados y enrojecidos que bajan y respiran y caminan hacia la gasolinera. Un

paquete de seis paneles sánwich de doce metros colgados del gancho, hacia arriba, haciendo como que el viento de la zona no existe, como que ese viento no va a soltar la carga en un descuido, como que esa carga no va a caer sobre una familia de británicos, como que no los va a dejar aplastaditos, bien colocaditos igual que los cigarros de una cajetilla. Además, el gancho de la grúa sin seguro porque Nicasio prefiere hacer las cosas sin seguro porque todo es más rápido y así colocas la carga sobre el suelo y se suelta sola y no tienes que estar acercándote tú a aflojar el seguro, rapidez, hijo, rapidez. Los paneles suben que parece que van a alcanzar los cernícalos que vuelan. Veinte, treinta y nueve, setenta, no sé, casi que cientos de guiris pasan entre los conos, traspasan el perímetro y, en lo alto, esos paneles que pendulan: por un segundo deseo el fallo del cable, que las lingas que los sujetan se rajen, que un pájaro se pose sobre el mando de la grúa. Los guiris disfrutan del sol. Beben cerveza, toman alguna chocolatina Cáburí de pasas y almendras, y de regreso a la guagua. Coloco los paneles. Quito las lingas. Desde el tejado de la gasolinera se ve el mar, que es un plato reflejando la luz del final del día. La guagua se va y llegan dos más. No veo la hora de volver a casa y quiero llegar y descansar y no quiero llegar y tener que caminar ese espacio que nunca cambia y abrir esa nevera que nunca muestra lo que quiero. Tampoco veo mi casa, ni el camino, ni los bancos del barrio, no veo a las personas que caminan las calles. Sólo una carretera larga que es más ancha y

amplia desde las alturas del camión. En esa carretera no hay sino guaguas y camiones y conos que son invisibles y que cualquiera puede traspasar.

Conduzco sin darme cuenta de ello y el camión me lleva. Creo que soy el último en llegar de vuelta a la nave; los coches de mis compañeros no están. No caigo en los kilómetros que hago desde la gasolinera, las veces que aprieto el acelerador ni las veces que freno. El último aparcando en un lateral porque está todo cerrado y también Isaac, que se baja de la Dyna 100. Me mira con cara de no deberíamos encontrarnos aquí, sino en casa, pero estamos, y se me acerca. Esta gente no para de trancarnos hasta tardísimo, dice. Ya, digo. Es que me tienen harto con todo siempre para el final, dice. Ya, digo. Menos mal que el jueves comienza la cacería y me voy parriba con mi tío a pillar muflones, dice. Disfruta, digo. Claro que lo voy a disfrutar y el trabajo que se quede el miércoles sin hacer, así se queda, que yo el jueves tengo que estar fresco, que a primera hora de la mañana estamos subiendo al Teide con los perros y el rifle cargado, dice. Ya, digo. ¿Tú de dónde vienes?, pregunta. De Fasnía, digo. Menuda choleada, de la obra de la gasolinera, ¿no?, dice. Sí, de allí, digo. De muy lejos. Y ahora a muy lejos voy también y mañana otra vez desde muy lejos.

*Bentor Marrero. Polígono El Salvador. 5/08/2024.
75 340 km*